

OBJETIVO ONG

Nuevo secuestro de una cooperante en Irak. Un secuestro anunciado desde que el primer ministro Berlusconi decidió pagar cualquier precio en euros por las dos cooperantes italianas para no pagar el precio en votos de sus decisiones. Nueva ola de indignación social y llamamientos. Pero, por inadmisibles que nos parezca atacar a quienes auxilian a la población, el fenómeno no es reciente ni sorprendente. Desde 1996 más de 300 cooperantes han sido asesinados en todo el mundo. Y en lo que va de año, otros 25 han perdido la vida en Afganistán, tantos como soldados de las fuerzas extranjeras.

La manipulación de la compasión con fines políticos y económicos es antigua. En 1902 Joseph Conrad ya criticó el uso hipócrita del lenguaje misericordioso en *El corazón de las tinieblas*, donde Kurtz explota marfil en África para la *desinteresada* Sociedad para la supresión de las costumbres salvajes.

Sin embargo, la caída del muro de Berlín marcó un punto de inflexión que provocó el empeoramiento de las condiciones de seguridad para las agencias de ayuda. Entre la defunción de la Guerra fría y el nacimiento de la Guerra global contra el terrorismo, la desorientación geoestratégica de los países desarrollados catapultó a la acción humanitaria al estrellato de las relaciones internacionales.

En 1992, los *marines* estadounidenses consumaron en Somalia la primera “intervención militar humanitaria” de la historia destinada a proteger las actividades de las ONG. En 1994, el altruismo estatal sirvió para enmascarar la pasividad de la comunidad de naciones durante el genocidio de Ruanda. En 1999, la OTAN definió el bombardeo de Kosovo como una “guerra humanitaria”. Esta vez, las tropas montaron campos de refugiados en Macedonia y gestionaron la distribución de las provisiones. En poco tiempo la escena había dado un vuelco espectacular: a principios de los noventa los ejércitos apoyaban los proyectos humanitarios de las ONG; a finales de la década las ONG apoyaban los proyectos humanitarios de los ejércitos.

La Operación Libertad Duradera en Afganistán puso otra vez en evidencia los peligros del matrimonio militar-humanitario. Presenciamos entonces el impúdico lanzamiento simultáneo de bombas y comida sobre las aldeas afganas. Tres años después, los pilotos del Pentágono todavía dispersan folletos advirtiendo a los civiles de que no recibirán asistencia si no les facilitan información acerca de Al Qaeda.

Las organizaciones *no gubernamentales*, que gracias al dinero que los *gobiernos* han invertido en su artimaña caritativa han proliferado como setas, tienen buena parte de culpa. La galaxia ONG, una sigla que define algo inconcreto por la vía de la negación, es un cajón de sastre que contiene asociaciones muy dispares. Unas cuantas denuncian los peligros de la apropiación que los ejércitos hacen de la doctrina humanitaria. Otras muchas, con menos escrúpulos, no dudan en emplear aviones militares para transportar suministros, viajar escoltados por tanquetas y solicitar intervenciones armadas.

Sargentos que ponen vacunas y cooperantes a bordo de helicópteros con lanzacohetes. No es de extrañar que a los ojos de los insurgentes los solidarios sean de todo menos neutrales. Si los mandatarios occidentales han incorporado las ONG en sus estrategias bélicas, ¿por qué no iban a imitarles sus enemigos? Hoy, rebeldes y terroristas las consideran un objetivo legítimo que atacan para conseguir financiación, eliminar testigos incómodos o presionar a sus adversarios. Sus sedes son blanco de coches bomba en Bagdad, sus aviones son abatidos en Sudán, sus representantes son ejecutados en Somalia y secuestrados en el Cáucaso.

Y no hay marcha atrás. Colin Powell lo dejó claro durante la campaña afgana: “las ONG son elementos multiplicadores y parte esencial del equipo de combate de EEUU”. Javier Solana lo hizo en el Forum de las Culturas de Barcelona, donde pidió que “las ONG cambien de mentalidad y se avengan a trabajar con las fuerzas militares”.

Cuando los soldados matan con una mano y desempeñan tareas de socorro con la otra, la ayuda pasa a formar parte de la lógica bélica y el acto humanitario es percibido como un acto de guerra. Ello coloca a los cooperantes en el punto de mira y anula su capacidad de actuación. La verdadera acción humanitaria, independiente y neutral, motivada tan sólo por las necesidades de la población se ha convertido en una especie condenada a la extinción.

Jordi Raich

Autor del libro: *El espejismo humanitario* (Editorial Debate)

Octubre 2004